

—Tiene usted una expresión vaga. Sea franco y declare que en estos momentos no está precisamente en el baile, sino muy lejos de aquí... ¡Quién sabe dónde!

—Es verdad. Vine al baile buscando una distracción que no logro hallar.

La joven se quedó silenciosa, y Alberto se dió cuenta de la cruel veracidad de sus palabras. ¿A dónde había ido a parar su habitual galantería? No sabía cómo deshacer el entuerto, y deseaba con todas sus fuerzas que concluyera aquella pieza, larga como una eternidad. Viendo que apenas lo miraba y que la sonrisa habíase deshojado a flor de labios, se decidió:

—Isabel, perdone usted mi rudeza. Estoy verdaderamente aturdido. ¿Sería pedirle demasiado que olvidara usted mis anteriores palabras?

Los suaves ojos de ella le miraron brevemente.

—En verdad le agradezco su franqueza. Detesto los hombres faltos de sinceridad. Si no tiene ganas de conversación, no se esfuerce por ello. Guarde silencio, que yo sabré corresponderle.

Alberto se sintió aliviado. La comprensión de aquella mujer tan joven era admirable.

Al terminar la pieza, formaron círculo alrededor de la mesa, en la que la conversación se generalizó muy pronto, relampagueando en el transcurso de ella las sonrisas femeninas.

En cuanto sonó el segundo baile, las muchachas fueron emparejándose. Alberto temía que alguno de aquellos jóvenes, que tan insistente miraban, fueran en busca de Isabel, que se había quedado sentada a su lado. Sentía horror a la soledad, y para salir de aquella situación embarazosa decidió bailar de nuevo.

—¿Me permite?—murmuró con timidez.

Isabel se levantó, enlazándose a él.

—¿Le gusta a usted bailar?

—Depende. Hay veces que soy incapaz de dar un paso, y otras que soy infatigable—contestó la joven amablemente.

El silencio los envolvió de nuevo hasta que cesó la música.

Al terminar el baile y salir a la calle, Alberto insinuó:

—¿Le desagradará que la acompañe a su casa?

—Al contrario. Es usted un hombre muy poco molesto.

—¡Esto va bien!—pensó el amigo al verlos partir juntos.

Sin embargo, durante el trayecto no se cruzaron la menor palabra. Alberto esperaba que fuera ella la que entablara conversación, y ésta estaba decidida a no hacerlo.

—Aquí es donde vivo—dijo finalmente Isabel, parándose en un portal—. Muchas gracias por su compañía.

Ambas manos volvieron a enlazarse.

—Buenas noches, y gracias—contestó Alberto, reteniendo brevemente la suave mano.

Isabel desapareció en el portal seguida por la mirada de Alberto, que la envolvía de pies a cabeza.

* * *

Al domingo siguiente, en vista de que durante la semana tampoco había logrado ver a «La Chica de la una y media», decidió volver al baile, para aliviar un poco su melancolía con la presencia de Isabel, a quien había otorgado ampliamente su amistad. Tuvo alegría al verla, e incluso le pareció más bonita y atractiva.

—¡Alberto! Creí que faltarías esta tarde!—dijo su amigo, dándole unos amistosos golpecitos en la espalda—. Quizá alguien lo hubiera sentido.

La indirecta de Luis flotó breves momento en el aire. Alberto pudo ver cómo el rostro de Isabel subía de color.

—No hay que exagerar, amigo. Un hombre tímido jamás resulta imprescindible.

Los compases de un castizo chotis cortaron la conversación. Los pies se movían siguiendo el ritmo, y las bocas dejaron de hablar.

Entre sus brazos, Isabel parecía abstraída en el baile, y Alberto seguía mirándola de vez en cuando, casi a hurtadillas, intentando adivinar si era grata su presencia, como le había insinuado su amigo.

—Varias veces he estado tentado de ir a buscarla. Incluso he pasado alguna vez frente a su casa por si tenía la suerte de encontrarla o verla. ¿Le molestaría salir conmigo?

—Al contrario, tendré mucho gusto, aunque ya sé que soy para usted una distracción necesaria; pero no me importa.

La seguridad que Isabel había puesto en sus palabras le desconcertaron. Sin embargo, quedó acordado que el próximo martes, a las siete y media de la tarde, él la aguardaría en la esquina de la calle.

Cuando Isabel regresó a su casa iba contenta. Por la noche, al acostarse, su hermana le preguntó a qué se debía el cambio.

—Ha vuelto Alberto.

Es un chico muy agradable. ¡Lástima que sea tan tímido y esté amargado! No lo sé: sin embargo, presumo que ha sufrido un desengaño amoroso; ya sabes que para eso las mujeres tenemos un maravilloso instinto que nos lo advierte. Te aseguro que la mujer que lo haya hecho merece un castigo por idiota. ¡A lo mejor lo habrá dejado por alguna birria! ¡Ya te digo yo que hay mujeres que merecen palos!

—Veo que en breve iré de boda—contestó su hermana—. Si es para bien, lo celebro. Yo, en cambio, me quedé compuesta y sin novio.

Isabel tenía deseos de quedarse a oscuras para soñar despierta. Pulsó el interruptor, y el cuarto se inundó de sombras. En el oscuro lienzo del silencio el pensamiento fué trazando escenas, con el más brillante de los coloridos: el amor.

* * *

Eran escasamente las siete de la tarde del martes y ya Isabel estaba compuesta, asomada al balcón, esperando con impaciencia ver aparecer la figura de Alberto.

Media hora más tarde, fiel a su puntualidad, éste desembo-caba en la calle. Cruzando por la otra esquina, regresaba a su casa su hermana. Isabel paseó la mirada del uno al otro con deseos de gritar: «Ése es Alberto.»

En la baranda de hierro se crisparon los finos dedos de la enamorada muchacha. Alberto se había desviado, acercándose a su hermana, y no sin cierto titubeo la paró. Estuvieron un rato hablando, y luego desaparecieron por la primera esquina.

Decepcionada y dolorida, Isabel cerró el balcón.

—¿No ibas a salir?—preguntó su madre al verla de nuevo en traje de casa.

—He cambiado de parecer. Hace calor y me duele la cabeza. Voy a echarme un ratito, a ver si se pasa.

A las nueve de la noche, el timbre repiqueteó borracho de alegría. Luisa, la hermana menor, entró radiante de felicidad.

—¿Ha venido Isabel?—preguntó su madre.

—No ha salido de casa. Tenía dolor de cabeza y se ha echado en la cama. En su habitación la encontrarás.

—¡Isabel, Isabel!—repetía Luisa mientras la abrazaba—. Por fin encontré al «Chico de las Corbatas». Me ha hablado, ¡Dios mío, y me ha dicho que me quiere! ¡Estoy contenta: ya no me quedé compuesta y sin novio! ¡Qué feliz soy!...

Isabel no pudo reprimir un sollozo.

—¿Qué te sucede?—preguntó Luisa, apuradísima.

—Nada..., nada...; este dolor de cabeza. Déjame sola; ya se pasará.

Y aquella noche dos corazones femeninos palpitaban con distintos ritmos. El uno, lleno de esperanzas. El otro, marcando la agonía de una gran ilusión.

P I L A R V A L L E



Eran escasamente las siete de la tarde del martes y ya Isabel estaba compuesta, asomada al balcón...

